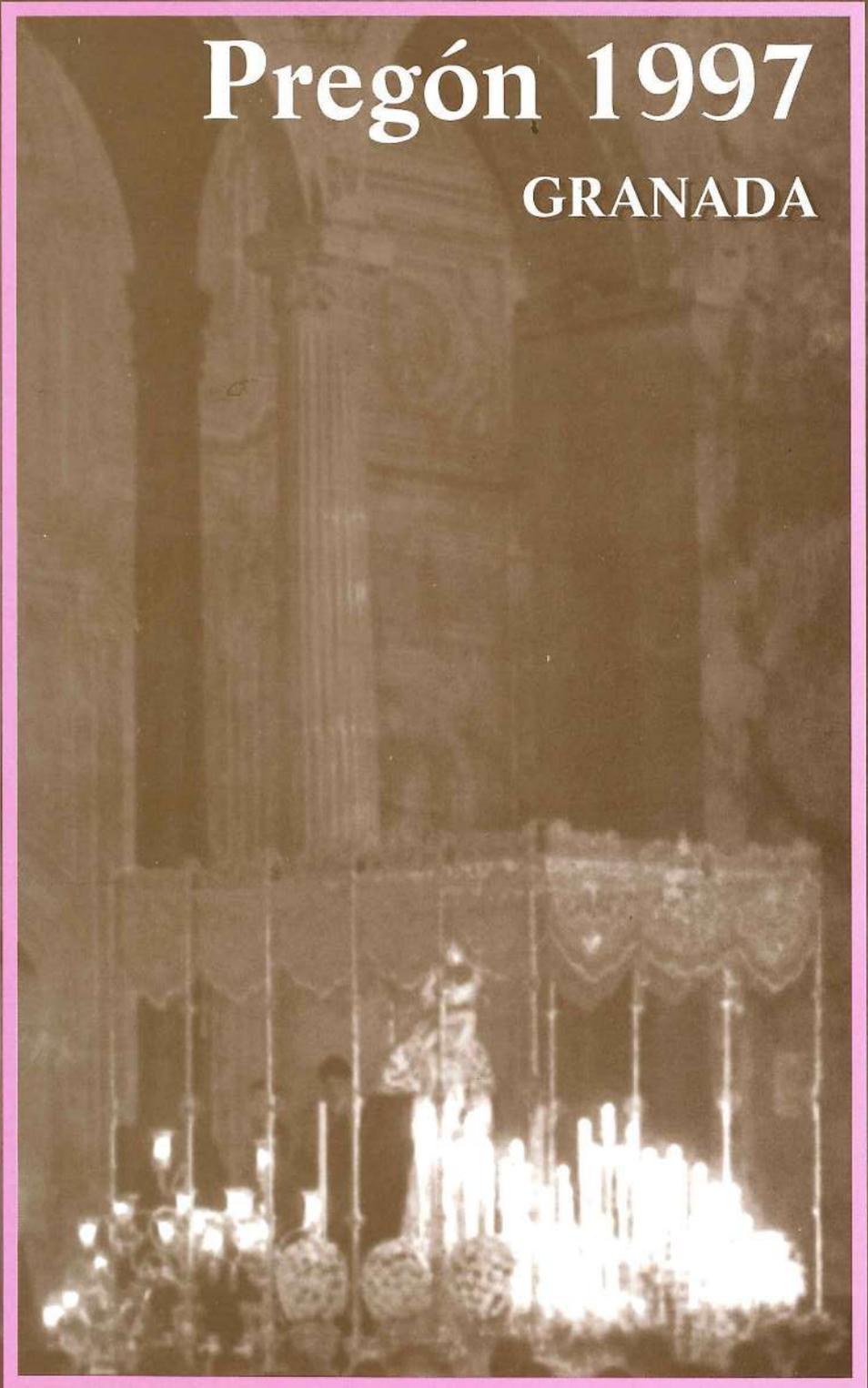


# Semana Santa

Pregón 1997

GRANADA



3<sup>er</sup> Premio Concurso La General,  
Fotografías de Semana Santa  
de Granada.

---

*Autor:* J. C. CHOIN

Pregón Oficial  
de la Semana Santa de Granada

1997

PRONUNCIADO POR

el Reverendo Padre

*D. ENRIQUE INIESTA CUOLLANT-VARELA. Sch. P.*

MONASTERIO DE SAN JERÓNIMO

DOMINGO 16 DE FEBRERO DE 1997. A LAS 12,00 H.

GRANADA



*Toda la Ciudad está esperándolo.*

La Ciudad de las lomas entrevistas en la última esquina de sus calles, la Ciudad de los bosques y las torres de la Alhambra, las cuevas del Realejo y las albaicineras, enjalbegadas y asomadas de cipreses, con la Sierra refulgiendo al sol y la Vega y Cartuja y los Zaidines y los Ríos y Plaza Nueva con sus joyas, la Medina y el casco del XIX.

Ya se esmeran en las casas oreando los hábitos y los capillos entre los vahos y los vapores húmedos de las planchas.

Ya casi se cumple el apunte de Federico (poeta y cofrade de la Alhambra) en aquellos dos versos:

*«Por la calle vienen  
extraños unicornios».*

Casi punzan ya el aire los capirotos blancos de «la burriquilla», el Cautivo y el Despojado, los rojos de la Cena, los morados de las Maravillas, cuando los Ramos del domingo.

Es Cuaresma y un cofrade os avisa que encima se nos viene el milagro. Es la voz de los 30.235 cofrades de todas las Granadas. La del cofrade desconocido sentado (¡ así sea ...) en su rincón de San Jerónimo. El cofrade desconocido que hace posible por lealtad a un amor, la magia de la salida procesional.

La voz del pregonero amplifica el sentir de sus hermanos.

El pregonero -como en todos sus apuros- viene de estar con la Virgen de la Carrera. Es la costumbre de muchos en Granada. Cuando se va de viaje o se vuelve, cuando tememos algo o alguien se nos muere o porque hay que agradecer la gracia recibida.

El pregonero se achica y se os acerca con media voz pidiendo vuestra acogida benevolente, vuestra paciencia y comprensión. El pregonero, ahora, se calla un poco para que cada uno y todos pidamos al Señor su compañía y su ayuda.

EXCELENTÍSIMO SR. ARZOBISPO  
EXCELENTÍSIMOS SEÑORES  
REAL FEDERACIÓN DE COFRADÍAS  
HERMANOS MÍOS COFRADES:

*Nos sentimos herederos* de un legado venerable. Conmueve pensar que el fundador de la Cofradía de la Vera Cruz y Jesús Nazareno lo fue San Juan de la Cruz por 1587, en los altos de la colina Ahabul, en su convento de los Santos Mártires. Y que, tras él, miles y miles de granadinos cofrades han vivido su Fe y han dicho adiós a esta vida invocando a nuestros Cristos y Vírgenes de Diego de Siloé, Jacobo Torní, José de Mora, Pedro de Mena, Pablo de Rojas, Cano, Ruiz del Peral y Risueño, Sánchez Mesa y López Azaústre que, en sus templos y calles, escucharon sus lágrimas y sus compasiones siglos y siglos. Herederos.

Nuestro patrimonio es todo un MUNDO complejo y exquisito de Fe devota junto a las riquezas de treinta artes: el modelado, la talla, la policromía, la pintura, el dorado y estofado, la platería, el repujado y cincelado, la orfebrería, el tejido, el bordado, el exorno floral, la cerería y la ceroplástica, la taracea de esta tierra, la pasamanería y tapizado, la encajería, la música sinfónica y de fanfarria, nuestro cante, la restauración, la ceremonia y protocolo, la tradición casera y ciudadana, la oratoria, la lírica, el periodismo, la fotografía, la historia y el arte supremo de armonizarlo todo y echarlo andar ... Nuestra herencia.

Lentamente, maravilla a maravilla, sin ninguna prisa, sin precipitaciones, en un compás de siglos, acumularon las cofradías antiguas su patrimonio de profundidad fervorosa, de buen hacer y de arte. No pretendieron llegar antes que nadie en un record hortera. Hicieron bien las cosas. Salieron cuando las rosas habían granado en su lujo. Así, alzaron el prodigio de espíritu y estilo que condecora a las cofradías-cofradías con renombre, esas que admiramos, las antiguas, las maestras.

Heredamos un estilo. El cofrade de la Alhambra Federico García Lorca, estima otra riqueza del matiz granadino a las esencias andaluzas:

«Granada debe conservar para ella y para el viajero, su Semana Santa interior; tan interior y tan silenciosa, con todo un pueblo admirable de contemplativos, rodeados de una belleza natural única».

Cuando en ese ambiente mágico de paisaje, arte y oración, vemos al Nazareno o a la Madre del Refugio con sus estudiantes cruzar el barrio, andarse mi calle, doblar mi esquina, rozar la casa de mis padres y mía, yo, hombre, como todos chico y desconocido, mujer escondida entre miles, olvidado quizá y, acaso, solo, me sé buscado, mirado, aludido por el Señor y por su Madre en una visita desbordante. Entre los dos sucede el milagro de su trato directo y diferenciado. Sé bien que me mira y que me busca, que me anima, me quiere, me perdona y que me espera en una divina rendición sin condiciones.

Entonces esta alusión me devuelve la infancia, mi juventud, sus proyectos, sus compañías y fuerzas, el vigor, mi casa, mi primer beso, mi yo mejor sin todos los errores que luego vinieron a mi historia.

Estoy aquí, en medio de la calle, muy solo, solo para siempre, sin mis padres, sin los de casa o sin mi pareja o los dos sin los hijos, recordando, triste. Pasa Jesús del Amor o cruza la Señora de la Paz. Y me veo yo como ellos dos, también abandonado. El hasta por su Padre y la Madre en Soledad de arrebatado el Hijo. Y en esos sentimientos, me miran desde el divino lujo de su paso.

Todos recordamos aquella tan sabia historia del rey Clodoveo. Le anunciaban el Evangelio. Él, curtido en la guerra, cuando le contaron la Pasión, se conmovió. Como nosotros ahora, le estaba viendo injustamente torturado y herido. Como nosotros al pasar el Rescate o el Silencio Blanco con el Despojado o «la cañilla». Al ver al Señor con tanta Paciencia, gritamos igual que el cofrade Clodoveo:

--- « ¡ Si yo hubiera estado allí con mis francos ...».

Yo soy duro por las bofetadas de la vida, por las injusticias soportadas y porque mis pequeños trofeos los gané con trabajos; pero también me ablanda aquella otra leyenda del «¿dónde vas, Señor?», el «quo vadis, Domine?» que se contaba en casa cuando niño y conmovía mi pequeño limpio libre corazón. Yo era capaz de oler el campo de la vía Apia, de escuchar amaneciendo los pasos de Pedro negándole otra vez al huir de Nerón y de sentir aquellos otros pies como los roces callandico de los costaleros, los pasos por la Apia de un viajero que venía al encuentro. Me recuerdo temblando cuando Pedro fugitivo acobardado, se cruza con el caminante. Es el Señor, es el mismo Señor Jesús, con la misma Cruz -el Nazareno, el Gran Poder, Pasión, el tambaleante y tremendo Jesús de la Amargura-, que se le viene encima a Pedro cuando Pedro huye del martirio en Roma. Pedro -, y al mismo tiempo, yo-, le pregunta: --- «¿Dónde vas, Señor?, ¿Quo vadis, Domine?».

Sé lo que El responde cada vez que se cruza conmigo y quedo siempre hecho polvo y feliz con tan segura Redención y Salud. Me lo sé desde chico: ---«Voy a Roma, a sufrir y ser crucificado otra vez en tu lugar».---«Romam peto, iterum pati et crucifigi pro te».

Por nosotros, uno a uno. De nuevo. Esta vez, en Andalucía, en nuestra Granada.

Bien sabéis que es así lo que nos pasa por las placetas del corazón cuando las cruzan Uno u Otra. Lo sabéis de sobra. A nosotros, los 800.000 cofrades andaluces de las 1.935 cofradías de Andalucía, los 30.235 cofrades de las 93 hermandades de Granada, 32 en la Ciudad.

Jesucristo tiene en nuestra Tierra un instrumento salvador de largo alcance. En lo cuantitativo, sólo es comparable a las multitudes que convoca el Papa. Ningún medio eclesial atañe a tantos, tan públicamente, en tantos espacios tan abiertos, con largos recorridos de 5 a 11 y 12 horas como los Salesianos y el Sacromonte y con tan amplia aceptación popular.

En un mundo que quieren no sólo laico sino laicista, ateo y ateista, nada humano, el Hombre

Dios recorre gloriosamente las ciudades y los pueblos andaluces gracias al amor de 800.000 hermanos.

Ninguna cultura de ningún pueblo ha creado algo parecido. Ninguna, nunca. Levanta un respeto imponente y llama a un grave sentido de la responsabilidad cofrade y pastoral.

Es el sacramento de los alejados. Este inaudito invento de nuestro Pueblo está en nuestras manos. El desafío es grave.



Somos siete millones de andaluces. Cinco millones y medio acuden al paso de las cofradías, el 80'2%. A las ferias y fiestas, acude un 60'3%. Conviene recordarlo a los laicistas que se callan las estadísticas.

No es la ocasión para retener cifras, pero en nuestra Ciudad, acude a las salidas procesionales de la Semana Santa el 70'7%, 180.000 personas. Los más asiduos son jóvenes entre los 17 y los 25 años.

ODISUR definía en abril del 92 el llamado «ranking» entre los temas religiosos en la Prensa de Andalucía. El asunto hermandades y Semana Santa aparece el primero (35%) seguido por las intervenciones episcopales (8%).

En cualquier fenómeno social extenso, es difícil precisar cualitativamente y mucho más cuando entra por medio la conciencia de las personas y lo que podría llamarse «la opinión de Dios» sobre cada uno de los individuos. Respecto a otros aspectos clave de la vida eclesial, no hay datos medidos de su vigencia entre los cofrades. Seguramente, todos los hermanos tenemos de nosotros mismos una visión menos positiva.

Pero, pese a este dato, la Semana Santa cofradera resulta un gran sacramental de multitudes. Al secreto de las conciencias de cinco millones y medio de andaluces, de 180.000 granadinos, alcanza el paso de nuestros Cristos y Vírgenes.

Entre los millones que se aprietan en nuestras calles a su paso, la mayoría pertenecen a los alejados. Alejados, ¿de quién? ¿De Dios, de la Iglesia, de sus sacramentos, de este o de aquél pastor? .

Hay una gran variedad de alejados: honrados perplejos que buscan, anticlericales honestos y no tanto, divorciados serios nada «cinematográficos» que añoran sacramentos, ignorantes, engañados por viejas ideas, aquellos de que el Concilio dice que perdieron la fe porque nosotros se la impedimos, pecadores sin esperanza, ladrones ocultos, superficiales frívolos y los que quisieran pero no se sienten con valor .

El círculo más lejano sería el descrito por el Vaticano II: «Quienes voluntariamente pretenden apartar a Dios de su corazón y desoyen el dictamen de su conciencia».

Nuestro Señor nos lo dice como nadie en el 18 de Lucas: «El publicano se quedó alejado y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; no hacía más que darse golpes de pecho diciendo: «¡Dios mío, ten compasión de este pecador!».

Carlos Barral, describió su alejamiento y el comienzo de su ateísmo. Lo hace en una paradójica oración:

*«Sabiéndote allí cerca,  
te contaba mis deseos.  
Mas luego, nuestro amor,  
según el tiempo pasaba,  
se fue haciendo más difícil,  
nuestras noches,  
de vez en vez, más raras.  
Comenzó a incomodarme la sociedad  
de tus amigos  
y aprendí a ver el mundo sin ti,  
a llenar el vacío con las cosas.  
No recuerdo exactamente cuándo terminó.  
Más tarde, me parecía un sueño nuestra  
historia».*

¡Las vueltas de la vida, las calles de la vida, sus esquinas y las muchas cosas de la vida ...!

En nuestras callecitas albaicineras cuando viene del Sacromonte el Consuelo y la Madre, cuando bajan y suben la Aurora y la Estrella, cuando la Concha y el Silencio desbordan el Darro, entre el gentío que levanta la cabeza y el alma a su paso, están todos los alejados a los que tanto quiere Jesús.

Jesús de la Misericordia es su redentor, su pastor y su médico. Por allí anda la conocida tropa de los «anawim»: María de Magdala, Zaqueo el chico, Mateo y Nicodemo, el centurión con su niño y aquel otro militar de la confesión tardía, los niños bendecidos, el joven rico que se alejó triste, la perseverante cananea, la oveja y la moneda perdidas y halladas con alegría, el publicano en su distancia, el pródigo volviendo, Dimas el ladrón que nunca más, las mujeres públicas y los recaudadores que nos preceden en el Reino ... los 5.000 de la merienda en el campo y los 4.000 de la siguiente, las hijas de Jerusalén que lloran por el tronco verde maltratado...

¡A las faldas de la Colina Roja, por las pendientes del río y los bosques, siguen, persisten en su pecado y en su dolor, con la misma gratitud, igual nostalgia, exactos sueños, ilusiones, fallos y fervores, ahí siguen los mismos y las mismas criaturas con las que nos confundimos todos todos nosotros, a los que nosotros todos transportamos en el paso de nuestro secreto atribulado agradecido corazón!

Como por todos, Lorca rezaba así cuando pasaba el paso:

*«Mi corazón esta aquí,  
Dios mío,  
hunde tu cetro en él, Señor.  
Es un membrillo  
demasiado otoñal  
y está podrido».*

Ni el Redentor nos ha olvidado ni nosotros a El. Antes fueron nuestros padres y los padres de nuestros padres, nuestros abuelos y sus abuelos quienes repitieron los tipos profetizados del Evangelio. Ahora, nosotros. Este pregonero y los que precedieron y los que levantarán la voz, anuncian que el Señor sigue echándose a las calles con la Madre detrás para encontrar la oveja que no pisa los templos.

Y nosotros, que desconocemos los nombres de nuestros bisabuelos, llevamos 2.000 años recordando, bendiciendo, repitiendo con bocas enamoradas el nombre de Jesús a causa de aquellos breves tres años en su pobrecita tierra de la que nada bueno

sospechaban y en que nació, como dice la saeta, «el mejor de los nacidos».

Sí, en Granada aquello mismo continúa: la mujercita tocando el borde de su manto a escondidas entre la multitud que le apretuja y Él repite siempre su milagro y ella cura y Él la descubre entre tanto gentío y se miran y se renueva el permanente misterio de aquellos diálogos. Son ahora por la Carrera o Cárcel Baja o Navas las confidencias entre Magdalena y El, Marta y El y entre El y María y Nicodemo y Pedro (con el gallo lejos).

Quando el Cardenal Segura coronó a la Amargura de Sevilla, mi Rector (paisano suyo y predicador macareno), le comentaba que, en el claustro del castellano Silos, estaba el Apóstol Tomás tocando para creer lo que era una clave de la Fe andaluza.

¿Viajamos a Silos? En una esquina del claustro (con ciprés granadino), con la ingenua profundidad románica, tallaron el Evangelio de Juan: están once apóstoles con sus nombres en los once nimbos que les canonizan. Abren sus palmas jurando una fe leal. Los han retratado bien guapos. El número 12 aparece feúcho, deforme y retaco. Pide perdón muy arrugado el pRobesito. Es el único que no luce halo de santo. Le han degradado por no jurar su fe como los otros. Enfila en ristre, temblando, su dedo índice. «Thomas «, reza la cartela que le acusa. ¡Ay, Thomas, Thomas ...!

Pero, frente a él, desplegando el lujo redondo de su diadema, le sonríe y mira bien. complaciente y barbado, Nuestro Señor Jesucristo. Se ha enterrecido y está doblando la cabeza mientras se descubre el pecho y su herida.

(Recordemos que Tomás -natural de LOJA, úbeda o Marchena, de por aquí-, había dicho aquella inconveniencia: «Tengo que verle en las manos la señal de los clavos y, hasta que no toque con el dedo la señal de los clavos y no le palpe con la mano el costado, no creeré»).

A esta pretensión del «lojeño», Jesús responde con toda su ternura. Se le rinde el enterao aquél y le dice lo más tremendo y hermoso y grande y

condescendiente. Hay que escucharlo -hermanos míos- con todos los corazones que tengamos a mano:

--- «Aquí, están mis manos. Acerca tu dedo. Trae la mano y pálpame el costado. No seas desconfiado. Ten fe».

(Entre nosotros y ahora que no nos oye nadie, hermanos: No acabo de entender la última con que el Señor cierra este imponente pasaje andaluz: «Felices los que creen sin haber visto». No lo entiendo. ¡Resulta tan lindo creer por verle ...! Como cumpliendo el vaticinio de una paisana del Sacromonte o Almanjáyár, se repitió en el 94 casi lo mismo con otro Cardenal. Este fue Casoria, napolitano que es la forma andaluza de ser de Italia. Le ofrecí en Roma aquel «video» de Gutiérrez Aragón sobre cofradías y a su Eminencia sensibilísima le brillaban los ojos diciendo: «Nel vestro paese, i sensi credono,» «¡En tu patria, los sentidos creen!».

Tomás no sabe creer sin los sentidos y el Señor es condescendiente. Como nosotros que precisamos del paso palio para creer y agradecerles, ver sus Maravillas, oler su jardín y su incienso, tocar su terciopelo y bordado a buen realce, su ceras quemando, gustar la sed costalera, escuchar el llanto vuelto saeta de balcón o de esquina seguida de «Amargura» con toda la gloria de las bandas.

*Quiero gustar tu hiel,  
tocar tu frente,  
sentir igual dolor que tu alma siente,  
tu misma espina cruel,  
igual Pasión apasionadamente  
y equivocarme entre la flor primera  
y la mirra en tu tumba en primavera.*

*Quiero sentirte entero y verdadero,  
decirte con los cinco que te quiero.  
Cinco veces creído, cinco amado  
por mis cinco sentidos alertado.*

*Cinco llagas vividas cinco veces,  
creído tantas veces como llamas  
que, por cinco sentidos languideces  
y son cinco las bocas con que clamas.*

*En corderos se amansan los leones  
y sangres son las aguas de su fuente.  
Partal de cinco llagas y razones  
que florecen de espinas en tu frente.*

¡Somos Tomás, Señor!, ¿nos reconoces?. Nada hay en la cabeza que antes no esté en el sentío. Lo dijeron en latines de Bética los filósofos: «Nihil in intellectu betico nisi prius fuerit in betico sensu»: «En Andalucía, si antes no pasa por los sentidos, no llega nada al alma».

Como ningún otro, recitamos del todo el soneto clásico que nos espera en el Cristo del patio de la Patrona: --- «Muéveme el VERTE», Muéveme el VER tu cuerpo tan herido».

¡Somos Tomás, Señor ...! --- Y lo comprendes.

El Papa Juan Pablo entrevistó en Sevilla, cuando la beatificación de Sor Angela, la más andaluza de las santas, lo que podría ser un paso en la calle. El lo dijo: «La religiosidad popular es una fe que se ha hecho cultura».

Esta manera sensible de creer, esa religiosidad, que se hace cultura en la totalidad compleja de lo cofrade, se concentra en la máquina de la belleza que es un paso de palio. Resulta la máxima invención de los andaluces para ofrendar la belleza a la Virgen. Es el medido derroche de nuestra estética, un objeto litúrgico pasmoso, la plata con la flor, el meneo con la gracia, la luz y sus contrastes, el ritmo, la medida, la locura serena, la devoción vuelta una joya de pétalos, de ceras, el ofertorio de sudor ácido costalero, la letanía de todas las artes decorativas.

Un paso de palio es el trono en que Ella reina, es el compás de su andar, el landó en que nos llega, una ración de cielo, la ermita caminante, el rincón de su huerto, su mirador, su reja, su ventana encendida, su jardín floreciendo, la sala en que recibe, su balcón para vernos, su casa, su joyero, su tocador privado, el carmen en que vive, las velas de su torre, la oficina en que atiende, la puerta de los cielos, un resumen de gloria, un piropo creyente, un incendio entre flores, todos los mayos jun-

tos, el fanal de la gracia, la máquina de plata, un soneto de lujos, la oración de los ojos, el sitio de la amada, el Tábor de la Virgen, su primera Asunción, su sagrario y custodia, su peso compartido, la ampliación del rosario.

Un paso palio es... un paso palio es prender fuego a un jardín y llevárselo mecido por las cuevas.

Encontrarse con la Amargura o las Penas o la Merced, subida en el lindo mundo de su paso viene a ser lo mismo que convertirse.

Hay un momento de cuyas rentas es posible vivir un año entero. Hay un momento -cuando un dulce sol atardecido hiere la plata, cuando las palmeras de varales se cimbrean o los nardos insisten y suena el sonido costalero que juega al escondite, --- hay una pizca de instante en que recuerdo a mi madre aún viva y a mí sin penas casi, en que me vuelve al alma aquella fe de antes, mi antigua devoción, no sé ... Unos segundos únicos, esos en que Él o su Madre cumplen la misericordia de mirarme al pasar. Medio minuto escaso entre los dos, mientras Ella se va y yo la miro, justito mientras dobla despacio y tiene el detalle de reparar en mí. (Lo hace todos los años. Es leal). Como un instante de magia y de milagro. Es personal e intransferible. Lo sabe quien lo ha vivido. ¡Existe el éxtasis!

Entre mi poca fe y su perdón, salta un diálogo cuyo recuerdo en Lorca fue este poema:

*« Se ha llenado de luces  
mi corazón de seda,  
de campanas perdidas,  
de lirios y de abejas.  
para pedirle a Cristo  
Señor que me devuelva  
mi alma antigua de niño  
madura de leyendas,  
con el gorro de plumas  
y el sable de madera».*

Siglos antes, otro de los grandes líricos andaluces escribía aquella «rima» que, referida al amor humano, podría traducirse a lo divino como Dámaso Alonso demuestra que hicieron Teresa y Juan para decir sus misteriosas uniones místicas. Porque el éxtasis existe en las esquinas y los bal-

cones, cuando se nos viene la revelación de un paso. Estos cinco versos de Bécquer pintan el trance del encuentro entre la Virgen del Mayor Dolor o la Alegría o el Triunfo y el devoto desconocido:

*«Hoy, la tierra y los cielos me sonrían,  
hoy, llega al fondo de mi alma el sol;  
hoy, la he visto, la he visto y me ha mirado...  
Hoy, ¡ creo en Dios ! «.*

Y desde entonces, el cofrade y el desconocido, andan fascinados detrás del Señor o de la Madre. Como un tonto, como un perrillo chico. Como un hijo. Se confirma aquello de Mateo: «También los perrillos, debajo de la mesa, comen las migajas que tiran los niños».

Porque esos que miran los pasos son las cañas sacudidas por el viento, por los vientos de las cosas de la vida del capítulo 11 de Mateo que fue uno de ellos.

¿Cómo se echa Jesús a la calle? Lo dice Isaías que le conocía de toda la vida eterna («tota, simul et perfecta possessio»): «La caña cascada no la quebrará, la mecha que aún humea, no la apagará».

Los 77.000 granadinos que «van a misa todos los domingos y fiestas de guardar» no pueden mirar a su hermano menor que se fue lejos, como ese hermano mayor que reprocha a su Padre la fiesta de su vuelta. En Granada hay dos expresiones que describen bien la actitud el hermano fiel y mezuquino del pródigo de Lucas. Una de ellas no se puede pronunciar aquí aunque es tradicional y expresiva y se refiere a una «mala ... cosa». La otra es inocente: el hermano mayor es un enterao, un enteraillo.

De hecho, un cristiano perdonado, se alegra viendo cómo Jesús y María de los Dolores se echan calle abajo hacia Santa Ana y San Matías, en busca de los que faltan.

*Cuando la ve en su Plaza  
llorando y sola,  
la abuela Santa Ana  
también le llora.  
Niña María: te veo  
llorando al Hijo.  
Ahora recuerdo:*

*una vez, siendo niño.  
se hirió en sus juegos.  
La sangre de mi nieto  
me ha redimido.*

El hijo que se fue sabe rezar así desde la acera:

*No apagues más la mecha que aún humea.  
No quiebres tú la caña que, astillada,  
resiste lo que puede y cabecea  
contra la tromba que la zarandea.*

*También tuve tu fe, la que alardea  
de ser tan fiel, tan firme, tan probada.  
Pudo con todo el mar y su marea  
hasta que me tendieron la emboscada.*

*Fui primavera en flor en el granado.  
Mis flores se han helado en la ladera.  
De todo aquello de mi fe primera  
sólo queda el recuerdo en su costado.  
Herida es lo que promesa fuera.*

*No es tuyo, es de las cañas que menean  
su talle roto contra las tormentas.  
Es de las mechas que apagan las violentas  
duras borrascas que a la vida brean.*

*No quieras secuestrármelo contigo.  
No siegues la largura de su brazo.  
Déjale darnos a todos el abrazo.  
Déjale ser de todos el amigo.*



En las entrañas del lío, se agazapa un mundo oscuro: las proyecciones psicológicas en que pretendió resumir Feuerbach «la esencia del cristianismo». Porque cójase un hombrecito bien ahogado en un problema grueso. Por ejemplo, un moribundo consciente de su agonía, un «pescaó» con mucha agua al cuello, un campesino en la sequía. Pregúntesele qué no quisiera de inmortalidad, de cosecha y de puerto seguro. El resultado es ya el Ave Fénix, Ceres o Cibeles o Neptuno y sus Nereidas. Todo el Olimpo resulta de una proyec-

ción de los deseos humanos insatisfechos. «Sueña el pobre en su pobreza» y nace un dios que es la riqueza.

Eso no es teología. Eso es Olimpo. Cristo en cambio nos llega para corregir nuestros inventos. Es Él quien nos dicta y se proyecta. Su foco revelador nos cae encima y se cruza con el lindo foquito de nuestras proyecciones que imaginan un diosillo fruta de nuestras ideas -«ídolo»-.

«No soy como te imaginabas, hijo. Sólo en detalles humanos acertaste, muchacho. No soy un Ronaldo con siete piernas irrompibles. Comparto contigo los dolores humanos y todos vuestros sueños por que soy un hombre. Pero es otra mi bolsa de valores. Yo soy quien proyecto mi verdad sobre vuestras idealizaciones. Soy lo contrario de tus proyecciones: creo y practico que es mejor dar que recibir, servir que dominar, ser último que primero, pajarillo que Salomón, lirio que Salomón, crucificado que rey, que pobreza compartida desarrolla más que egoísmo productivista, que quererse es perdonarse y morir resucitar. Os lo predico si miráis bien mi cara por San Antón en el Cristo de San Agustín, por supremo retrato y en mi Amor y Entrega por Bibrambla. Mis caminos no son los vuestros».

Los tres primeros siglos de cristianismo anduvieron desconcertados. No encajaban, eran incapaces de tragar la formidable corrección que traía la figura de Jesucristo respecto al Dios imaginado antes que Él, heroico fruto de los mejores sueños. Jesús les partía por el eje, se les escapaba porque era siempre mayor por su nueva, profunda, infinita, desconcertante y perfecta humanidad. «El mejor de los nacidos». Desafiaba las más venerables y finas teologías. Con él se estrena un Dios inesperado. «Se dijo a los antiguos pero yo os digo». Un desbordamiento, una inundación.

La Revelación sucede en lo divino de su excepcional humanidad. Por vía de encarnación y de su cumbre en la Pascua. A nuestro pueblo nunca le parece Dios más cerca que cuando pasa vacilando con el andar humano de los costaleros, en ese quiebro y trapiés del Nazareno del Vía Crucis decano. Allí, el nuevo Dios del Evangelio consigue su mayor epifanía andaluza.

Viene cayendo en Tres Caídas, desangrado por la Lanzada, compartiendo la tragedia humana, recititando tras una Buena Muerte.

Es cierto que la cultura andaluza humaniza lo divino. A primera vista, se diría que la Soledad que llora entre las Chías, la de Santa Ana y la de Santo Domingo, la Esperanza, la Luz no resultan para sus devotos identificables entre sí ni equivalentes. Pero todos saben que las cinco tienen una sola realidad de referencia: la persona histórica de María de Nazaret. Y todos los Cristos son el evangélico en quien se descubre a Dios.



Los andaluces, al concretar su fe en las imágenes, las vivifican, las devuelven del museo a su papel mediático. André Malraux nos dice algo muy inteligente: «Un crucifijo románico no era ante todo una escultura. Tampoco la Madonna de Cimabue era, ante todo, un cuadro. Ahora, los museos han impuesto al espectador una relación totalmente nueva con la obra de arte.

Hasta con los retratos: dejan de ser en primer término, el retrato de alguien. El museo no reconoció ya ni santo ni Cristo ni objeto de veneración o de historia sino sólo imágenes de cosas. La obra de arte no tiene más función que la de ser obra de arte. Desaparece la trascendencia. El museo obliga al crucifijo a convertirse en escultura sin predicación. La escena no pone ya al espectador en un brete, en un compromiso; no le pide una respuesta personal».

Esto de Malraux no sucede en Andalucía. Las imágenes de nuestros titulares van por la calle provocando, comprometedoras, llamando a la gente, hablando, salvando. «Estoy a tu puerta y llamo».

También Paul Morand, al ver cofradías, lo dejó sentenciado: «Son cosa de los laicos pero no son profanas». Son un catecismo. Don José Méndez, en su pregón de 1.995, se confesaba «hijo de esta religiosidad popular» y agradecía la catequesis de su infancia en los pasos del Nazareno o de la Virgen .



Dios sin Jesucristo parece alejado y tremendo, Jesús sin la Iglesia se disuelve en el romántico recuerdo inoperante del mayor personaje del ayer. Lo dijo Don Antonio Cañizares hace poco: «A Jesucristo no podemos separarlo de la Iglesia».

Juan Pablo II les dijo a los Obispos Andaluces en 1.976: «Esas cofradías merecen vuestra atención continuada, respeto y cuidado».

Aquellos hermanos, que por la gracia que sea, están más cerca de la cultura religiosa y de los sacramentos, tienen una responsabilidad que deben repasar en lo más serio de su corazón. Los sacerdotes hemos de brindarnos para retiros, conferencias formativas, acciones de justicia social y asistencia caritativa y muchos intercambios de opinión con los cofrades.

Un hermano mayor que quiera restaurar, hágalo para no guardar el santo con su polilla, pero, antes que nada restaure el corazón, el ánimo de los cofrades. Restaure ahí con experiencias silenciosas de oración, práctica de la ayuda asistencial -hay hermanos en apuros económicos-, cursillos bíblicos y de arte e historia cofradieros, contacto con otras hermandades de toda Andalucía y -EN EL MOMENTO DE CADA CUAL-, sacramentos.

Marcar para una cofradía el compás y los estilos de una comunidad catecumenal sería el error del piñón fijo. Nuestros medios, frecuencias y plazos son los nuestros. Pero somos Iglesia y de no sentirnos así, podría quedarse mucha de nuestra maravilla en el más selecto de los carnavales o la más venial de las idolatrías.



Después de una cuaresma para pensar la penitencia, devolveremos la Madre a los que la esperan, el médico a los enfermos, el maestro a los discípulos, la sal a la carne, la luz al mundo, la levadura a la masa, el pastor a las ovejas, el perdón a los pecadores, el redentor a los redimidos.

Y nosotros mismos, no menos enfermos y discípulos, no menos carne, mundo, masa, no menos pecadores y redimidos, cumpliremos el antiguo rito. Con él, nuestra Tierra sigue mostrando que Dios prefiere lo bello y cantando gratitud a nuestro Hombre Dios, al gran, al grande, al grande, al admiradísimo y amado Jesucristo. —

*¡HERMANOS, HERMANOS MÍOS,  
COFRADES DE GRANADA!:*

---

¡Otra vez, como antes y como siempre, como nuestros padres, —con alma, vida y corazón,— digan lo que digan, —porque lo esperan y porque nosotros andamos convictos y confesos de nuestro apostolado cofradiero,— porque Dios y su Madre lo quieren !...

— ¡LOS «SANTOS», A LA CALLE!, ¡a buscar nuestro sol y la luna alhambrea de la Pascua que enmarcan el paso, los pasos del Señor.

— ¡LOS «SANTOS», A LA CALLE! Para que Él marque con su sangre de Cordero las puertas redimidas.

— ¡Desde la Sierra blanca hasta la Vega, A LA CALLE, CON NUESTROS TITULARES...!

Los brotes de la primavera son obra de Dios, inventor y creador de la primavera y de la vida.

Como es alto el propósito y el corazón es débil, —después de un momento de SILENCIO, — rezaremos la oración del cofrade. Después, al aplaudir, propongo que dediquemos la ovación a nuestros predecesores.

Lo sabemos: delante de cada paso, se aprieta la multitud invisible y feliz de nuestros cofrades difuntos.

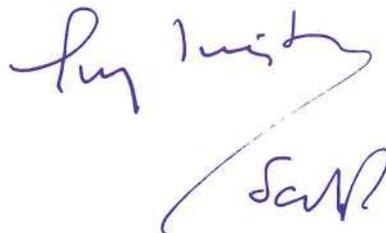
De ellos recibimos este mandato, este mandato de celebrar ASÍ la Semana Santa de Granada.

Os invito a un silencio. Luego a una oración. Después, os pido la ovación «in memoriam».

❖ O R E M O S :

Dios invisible que quisiste tener cuerpo para que pudiéramos palpar tu amor y tu justicia, —te damos gracias por habernos escogido para ponerte entre la gente que te espera.— Concede a todos que la presencia de tu Hijo y su Madre sea, un año más, la señal de tu perdón y la alabanza de tu gloria.

❖ A M É N



A handwritten signature in dark ink, appearing to read 'Juan Luis', with a long, sweeping flourish extending downwards and to the right.

GRANADA, 16 DE FEBRERO DE 1997

ESTE PREGÓN  
DE LA SEMANA SANTA  
GRANADINA DE 1997,  
HA SIDO EDITADO POR  
LA CAJA GENERAL DE AHORROS DE GRANADA,  
ACABÁNDOSE DE IMPRIMIR EL 14 DE FEBRERO,  
FESTIVIDAD DE SAN VALENTÍN  
Y PRIMER VIERNES DE CUARESMA,  
EN LOS TALLERES DE GRÁFICAS GRANADA.